

HUELLAS

25 AÑOS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



Barranquilla y su carnaval,
obra maestra del patrimonio oral e intangible de la humanidad

Barranquilla en la visión de Marvel Moreno: Reflexiones de un historiador de la ciudad*

Eduardo Posada Carbó

«La historia nunca será el dominio exclusivo de los historiadores; la literatura no debería ser el monopolio de los críticos literarios», escribió Walter Lacqueur en 1967.¹ Lacqueur observaba entonces cómo la estricta división entre escritores e historiadores no vino a desarrollarse sino sólo a partir de mediados del siglo pasado, al tiempo que defendía la necesidad de volver a establecer vínculos entre ambas disciplinas. La existencia de novelas que reflejaban los grandes temas de su tiempo, o que retrataban una sociedad en un momento determinado, no podían pasar desapercibidas para el historiador. Ellas podían convertirse en fuente importante para la investigación histórica. El diálogo entre escritores e historiadores, tan necesario como lo planteó Lacqueur, no significa, sin embargo, que deba borrarse toda frontera entre los que siguen siendo, a mi modo de ver, dos géneros distintos. «Las narrativas históricas», ha



Portada de la revista *Carnaval de Barranquilla* dedicada a Marvel Luz I, reina de 1959.

señalado Alan Knight, «no son equivalentes a los textos de ficción.» En aquéllas, es cierto, también juega la imaginación; pero la «fidelidad a la evidencia», no ha dejado de ser su componente esencial, a pesar de nuevas corrientes historiográficas.²

Estas observaciones preliminares sirven para delimitar los propósitos de este ensayo sobre la obra de Marvel Moreno (1939-1995). En particular, me interesa explorar la posible utilidad que su visión de Barranquilla tendría para un historiador de la ciudad, sobre todo a partir de la lectura de su novela *En diciembre llegaban las brisas*.³ Buena parte de esta narrativa —tanto en esta novela como en otros de sus cuentos—, parece ser de naturaleza autobiográfica.⁴ Y

buena parte de esta narrativa se desarrolla en Barranquilla. Algunas referencias permiten además identificar el tiempo en que transcurre la obra: alusiones a los años cincuenta, a los libros del Che y Mao, o a las camionetas de los marimberos, sugieren que la Barranquilla de Marvel Moreno se ubicaría entre las décadas de 1950 y 1970, es decir, desde su adolescencia hasta su traslado a París. Esta dimensión temporal condiciona de alguna manera mis reflexiones. Se trata de un período poco

* Este ensayo fue escrito para el coloquio sobre la obra de Marvel Moreno organizado, en 1997, por Jaques Gilard en la Universidad de Toulouse, Francia, conjuntamente con Fabio Rodríguez, de la Universidad de Bérgamo, Italia. Fue publicado originalmente en el libro editado por Gilard y Rodríguez, *La obra de Marvel Moreno*. Viareggio-Lucca: Mauro Baroni editore, 1997. Posteriormente, formó parte de la colección de Eduardo Posada Carbó, *El desafío de las ideas: ensayos de la historia intelectual y política en Colombia*. Medellín: Banco de la República / Fondo Editorial Universidad Eafit, 2003. p. 279-294. Se publica con la autorización del autor. © Reservados todos los derechos.

estudiado por los historiadores, dado su carácter contemporáneo. Mis propias investigaciones sólo llegan hasta 1950.⁵ Estas reflexiones, por lo tanto, se inspiran más en mis propias impresiones y recuerdos de esa Barranquilla recreada por Marvel Moreno, que en el esfuerzo sistemático por reconstruir el pasado de la ciudad a través de las diversas fuentes que ordinariamente sirven al historiador en su tarea. Nos distancia tal vez una generación. Pero mis evocaciones de Barranquilla, como las de su obra, son también en parte fruto de una creación del exilio. Barranquilla es, sin lugar a dudas, el escenario de su novela. El nombre de la ciudad aparece repetidamente en el texto. Marvel Moreno la ubica geográficamente, «junto a un río, muy cerca del mar» —esa doble condición portuaria que determinaría su naturaleza mercantil.⁶ También identifica muchas de sus calles más populares: no sólo la 72 sino, quizá más significativamente, aquellas del casco tradicional que se conocían aún por sus nombres, y no por esos números que se impondrían con la nueva nomenclatura que trajo el crecimiento urbano.⁷ Así aparecen la calle San Blas, donde el padre de Lina Insignares —la narradora central de la novela— tenía su modesta oficina de abogado; la del Comercio, con las tiendas de telas de los judíos; y otras más: 20 de Julio, Cuartel, la calle del Crimen.⁸

Es cierto que la narrativa transcurre primordialmente en espacios privados o en los vecindarios de gente acomodada —las casas de El Prado, esa urbanización diseñada por los hermanos Parrish en la década de 1920, alrededor del club que sirvió de jalón para atraer residentes de los barrios tradicionales del Centro.⁹ Al cerrar sus memorias, Lina Insignares contrasta el mundo caribeño de sus abuelas con el «ligero y fácil» de su existencia que giraba «siempre en torno a la piscina de un club y a los bailes del carnaval.» Sin embargo, el horizonte de la novela desborda con alguna frecuencia las fronteras del club. La sociabilidad de los protagonistas transcurre también en otros lugares públicos de recreación y de cultura que pasan desapercibidos en la lectura de Miguel Arnulfo Ángel: el parque Sagrado Corazón, los teatros Rex y Murillo, la Escuela de Bellas Artes, el mismo Puerto Colombia. Si la Plaza de San Nicolás no aparece claramente como ese «centro simbólico... casi sagrado» de otras ciudades latinoamericanas, se debe precisamente al desarrollo peculiar de Barranquilla, ajeno a muchas de las características urbanas de la Colonia.¹⁰ Además de El Prado, hay referencias a otros barrios. Al San José, «extramuro de clase media baja»,



Archivo de Liz Palacios

Marvel Luz Moreno.

como lo llamó Julio Olaciregui, cuya vanidad se sintió halagada al descubrir la mención a su barrio en la obra de Marvel Moreno.¹¹ Y al Barrio Abajo, donde, según la novelista, «ninguna mujer blanca había puesto nunca los pies.» Por lo demás, hay que advertir que el carnaval, esa fiesta en que «hombres y mujeres [...] en la batalla de flores, todos pintorreteados» echan maizena y beben «a pico de botella», transcurre en espacios públicos donde los papeles sociales se invierten. Las comparsas de los clubes ganarían notoria espectacularidad desde fines de la década de 1970; pero en 1959, bajo el reinado de Marvel Luz, el verdadero espectáculo ocurría el sábado de carnaval, el día cumbre de la festividad, en la batalla de flores.¹²

Además de las referencias geográficas, a las calles y vecindarios de la ciudad, la novela de Marvel Moreno evoca otras características que permiten identificar con claridad a Barranquilla. Repite el mito de su fundación, de ese lugar donde llegaron «las vacas... huyendo de una sequía», y obligaron así «a sus propietarios a instalarse en aquel infier-

no tres siglos atrás.»¹³ Repite esa idea sobre la ciudad, desafortunadamente popularizada, la de ser «un ardiente caserío sin historia.» En la descripción de los personajes y sus contornos surge también el retrato de una ciudad de inmigrantes. Abundan los extranjeros: judíos de la calle del Comercio, enigmáticos franceses evadidos de Cayena, alemanes y españoles, italianos como Giovanna Mantini, los chinos que trabajan en el kilómetro dos. También los hay nacionales: de Sabanalarga, de Usiacurí, de Cartagena, de la Guajira, o del interior andino, como el doctor Vesga, «un santanderiano que se había refugiado en Barranquilla... huyendo de la violencia.» Pero hay así mismo vacíos: no hay «turcos» una omisión de interés si se tiene en cuenta que, entre todos los grupos de inmigrantes que llegaron a Barranquilla, los sirios, libaneses y palestinos fueron los más numerosos.¹⁴ Tampoco hay vallenatos, quienes se integraron con muy buen éxito en la élite de la ciudad.

El cuadro de Barranquilla lo complementan otras referencias también explícitas como el clima, inconfundiblemente tropical excepto por la ausencia de aguaceros. Pero hay alusiones al «ardiente resplandor de la mañana», al calor feroz y, por supuesto, a «las brisas de diciembre que ponían un sabor de sal sobre la vajilla.» Hay así mismo alusiones a algunas costumbres de los tiempos de las abuelas —los castigos con la penca—, a las diversiones de los adolescentes —el «prohibido juego de la botella»—, a los periódicos de la ciudad —*El Heraldo* y el *Diario del Caribe*— y hasta a algunos alimentos y bebidas del folclor local: el ron blanco, las arepas, los chicharrones y los huevos de iguana. Hay finalmente alusiones que evocan olores familiares: el «pañuelo apestado de Menticol», el «Flit que Berenice rociaba con una bomba roja apenas se anunciaban en el atardecer las primeras nubes de mosquitos.»

Con todo, Marvel Moreno apenas nos ofrece una Barranquilla a pincelazos, meras referencias, alusiones y evocaciones. No hay descripciones precisas de esas calles ni de esos vecindarios, ni de esas casas, ni del Country Club que tanto parece obsesionarle. Tampoco hay un cuadro detallado de su sociedad y sus complejidades. No es ésta una novela de costumbres. Ni mucho menos una novela histórica. No lo pretende. Marvel Moreno nos revela sí una gran pasión por la ciudad una contradictoria pasión que parecería traducirse con frecuencia en profundo rencor y hasta desprecio. Barranquilla se le antoja entonces como «un enor-

me cementerio, un lugar de desolación y ruina.» Es aquella ciudad «que tenía necesidad de tan poca cosa para hervir de maledicencia.» Los inmigrantes extranjeros se habían instalado allí «contra su pesar». Gustavo Freisen «aborrecía» la ciudad. Giovanna Mantini sólo pudo sentir horror a su llegada, cuando comenzó a apreciar las enormes diferencias entre Turín y Barranquilla: «frente a sus ojos se extendía ahora un río de color de fango, inmenso, despidiendo un tufo podrido de caimán, de animal muerto, de mangles descomponiéndose desde el comienzo de los siglos.» Entre los casi rabiosos sentimientos hacia la ciudad —una rabia identificada a ratos con la nostalgia por una ciudad que va dejando de existir—, sobresalen las frustraciones del espíritu en un medio supuestamente hostil a la contemplación, el rechazo a unos círculos sociales decadentes y dominados por la trivialidad y las apariencias, y, por encima de todo, los tormentos de un universo femenino agredido por la brutalidad de una sociedad en transición. En la Barranquilla de Marvel Moreno no hay espacio para la cultura o el arte; sus pocas manifestaciones se confunden con la mediocridad. Otros novelistas anteriores habían sido similarmente críticos. Emilio Bobadilla, un escritor cubano que llegó a la ciudad a fines del siglo pasado, destacó el desdén del «gangeño» por el teatro: «Lo que en rigor le gustaba... era empinar el codo.»¹⁵ Pero los personajes de Marvel Moreno resienten con más fuerza el ambiente de una ciudad «donde el recogimiento resultaba imposible y la reflexión ineficaz.»

En Barranquilla, «cualquier pensamiento... encontraba en la gente una apatía burlona»; aquí no parece haber «nadie inclinado a considerar las cosas del espíritu.» Doña Giovanna Mantini lucha contra «el empobrecimiento intelectual, en un continente que nunca había elaborado una sola idea.» Para Gustavo Freisen todo era allí «vanidad y corrupción y las obras de los hombres estaban condenadas a perecer.» Hasta el clima atenta contra el arte. Las acuarelas traídas por Freisen desde Europa «se habían descompuesto en horrible amalgama de colores por la maléfica acción de un hongo tropical: cómo vivir en un país donde los cuadros se cubrían de lepra...» Hay así mismo algunas alusiones que parecerían referencias más directas a una realidad cercana: esa «vida artística de Barranquilla, reducida a su ilusoria academia de música, sus hirvientes teatros convertidos entonces en sus salones de cine y sus poetas hambrientos celebrando el progreso industrial o escribiendo sainetes para halagar la vanidad de los señores locales...»

Otras descripciones de Barranquilla no ofrecen este cuadro tan desolador, de extrema pobreza cultural y artística. Entre quienes visitaban Barranquilla, muy pocos se llevaron las favorables impresiones de ese viajero anónimo que, tras ocho meses de residencia en la ciudad en 1893, retrató un mundo donde «el amor por la lectura está tan desarrollado que es muy rara la persona que no tiene entre sus manos un libro», donde había gran afición por el teatro, y donde los conciertos y las veladas eran frecuentes.¹⁶ Ni todos tenían la oportunidad, ni quizá tampoco el deseo, de encontrarse con esa «bohemia resplandeciente», ese grupo de intelectuales y poetas con quienes Porfirio Barba Jacob leía «a Darío y a Carlos Marx, a Valencia y a Edgar Quinet.»¹⁷ Estas ocasiones podrían quizá considerarse como excepcionales en una ciudad caracterizada tradicionalmente como «fenicia». O como las expresiones de un pasado glorioso y ya perdido que se percibe en esa «nostalgia de una cultura olvidada» recreada por Marvel Moreno. Pero la cultura no estuvo totalmente ausente en el pasado barranquillero. Ni es posible identificar una «edad de oro» que marcara de forma extraordinaria la vida intelectual y artística de la ciudad. A pesar de sus obvias limitaciones, sorprenden las manifestaciones culturales de Barranquilla que,

con alguna periodicidad, alcanzaron cierto significado. A fines del siglo pasado existía ya un mundillo literario del que se destacaría nacionalmente el cronista, historiador y periodista Julio H. Palacio.¹⁸ En la segunda década del siglo veinte aparecía la revista *Voces* (1917-1920) que, bajo la orientación del catalán Ramón Vinyes, tendría notable influencia en las letras barranquilleras.¹⁹ En 1928 se publica *Cosme*, la novela de José Félix Fuenmayor.²⁰ La filosofía tendría pronto un vocero en Julio Enrique Blanco;²¹ y la historia y el derecho en Luis Eduardo Nieto Arteta. A mediados de la década de 1940 se abría por primera vez una universidad en Barranquilla. La literatura y el arte ganarían renombre con el trabajo de quienes integraron lo que más tarde vino a conocerse como Grupo de Barranquilla —Alfonso Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio, Germán Vargas y, sobre todo, el premio Nobel de la literatura, Gabriel García Márquez.²² Durante la década de 1950 la ciudad vivió momentos culturales particularmente ricos, cuando no había necesidad de añorar pasado glorioso alguno.²³ Desde Bogotá, algunos reconocían esta rica actividad en el arte, en la música, y en la literatura.²⁴ Las paradojas de la vida cultural de la ciudad



serían muy bien descritas por García Márquez cuando, al reseñar el primer libro de cuentos de Cepeda Samudio en 1954, observaba que «en Barranquilla —donde las apariencias indican que no se lee, [...] hay tres librerías en las que Faulkner se agota en 48 horas.»²⁵

¿Podría hablarse de decadencia a partir de los fines de los años cincuenta? No lo creo, aunque la respuesta no es sencilla. Las actividades de algunas instituciones, como las del Centro Artístico, decayeron. Sin embargo, en este caso, los esfuerzos por estimular una cultura musical continuaron con la organización del Concierto del Mes, que en 1992 celebraba 34 años de vida consecutiva, sin «aporte alguno de Colcultura.»²⁶ Pero la desaparición de la Orquesta Filarmónica de Barranquilla se lamentó siempre como una pérdida que comenzó a simbolizar la supuesta existencia de una histórica «edad de oro». La universidad pública, y con ella Bellas Artes, entrarían en crisis desde la década de 1970. A esta crisis, no obstante, se contraponía la fundación de nuevas universidades privadas.²⁷ A fines de la década de 1970 se inauguraba, por fin, el Teatro Municipal, esta vez con ayuda del gobierno central pero fruto de una obstinada y persistente campaña de presión pública. La actividad intelectual alrededor de los periódicos, además de *El Herald*, se intensificó con la aparición del *Diario del Caribe* a fines de 1950 y de sus revistas literarias, el *Suplemento* primero, desde la década de 1970, e *Intermedio*, años más tarde.²⁸

Estos desarrollos, cuya importancia no debe exagerarse, se sucedían en medio de un crecimiento urbano desbordado frente al cual la estructura social no permaneció intacta. De alguna forma, el progreso conquistado por Barranquilla hasta mediados del siglo se movía dentro de las limitadas fronteras de una vida citadina apacible, con características aún de «pueblo grande», en el que el mundo cultural se definía casi exclusivamente en los círculos sociales altos y medios altos. Este escenario se modificaría acelerada y hasta brusca-mente desde la década de 1960, trayendo consigo nuevas diferenciaciones sociales. Desde algunos sectores tradicionales, donde también se vivían procesos de diferenciación, los cambios se identificaron con la decadencia, precisamente esa decadencia que aparece retratada en la Barranquilla de Marvel Moreno. Ya en la década de 1950, Alberto Assa volvía sobre el tema de la supuesta falta de cultura de Barranquilla: «Hay quienes... se imaginan que esta ciudad es un antro de “merca-



Marvel Moreno, 1956.

chifles”, sin ninguna cultura, cuyas únicas diversiones son los carnavales, los reinados de belleza, los tés canasta... o el “gordolobo”.²⁹

Assa se quejaba contra quienes se quejaban: quienes no cesaban de denunciar la falta de cultura no asistían «ni a conciertos ni a conferencias.»³⁰ Fue una queja insistente en quien siempre hizo público su desprecio por la «charanga-pachanga-machanga», como solía llamar al carnaval. Y cuyo Concierto del Mes gozó siempre de «un público mixto de distintas capas sociales, en su mayoría ajeno a los eventos de sociedad.»³¹ Es esta «sociedad» la que recibe mayor atención en la obra de Marvel Moreno. Cualquier lector prevenido de *En diciembre llegaban las brisas* podría concluir fácilmente que Marvel Moreno sólo está describiendo una sociedad barranquillera cerrada, rígida y exclusiva, compuesta por una «pequeña burguesía racista y prodigiosamente inculta [que] dormitaba en un pantano de frustraciones», «una gente que hablaba a gritos y de manera enfática.» La «alta sociedad» la componen sólo

dos grupos de personas: «los verdaderos señores, descendientes... de hidalgos españoles», y los arribistas, «individuos de poca clase cuyo trato debía evitarse en la medida de lo posible reduciéndolo a formalidades mundanas.»

Se trata de una sociedad pequeña y simple. Que busca mantenerse pura, a través de la unión entre primos con el fin de evitar el mestizaje. Es también una sociedad «secreta», en la que «el verdadero poder se ocultaba», y a la cual «no pertenecerían jamás del todo» los extranjeros. Sus hijos se educan en dos colegios, el Biffi y La Enseñanza, donde «sólo entraban las niñas de buena familia o las herederas de los grandes terratenientes de la Costa». Sus miembros se encuentran dominicalmente en la Iglesia del Carmen a las once de la mañana, en «la misa que servía de identificación social.» Pero, por encima de todo, la comunicación social se sucede en el Country Club, allí donde «pertenecer al club constituía el signo por excelencia de distinción.»

Una lectura más detenida revela, sin embargo, una «sociedad» más compleja y contradictoria. Parecería, en efecto, que estuviesen varias sociedades en juego, simultáneamente, aunque en direcciones contrarias: la de Lina Insignares, atada al pasado, llena de evocaciones tradicionales, y la que la misma Lina observa desarrollarse a su alrededor, con todas las señales del cambio y sus aparentes horrores. El propio mundo familiar de Lina no ha sido tampoco inmutable. La línea materna, la de las abuelas, conduce generalmente a las «añoranzas de las ciudades más antiguas del litoral Caribe», a los antepasados de la España colonial, a la presencia dominante del catolicismo. Pero la de su padre se mezcla con distantes inmigrantes judíos. Las transformaciones a su alrededor son, por supuesto, más inmediatas y abruptas. En las tres vidas paralelas, cuya trama Lina Insignares desenvuelve en la narrativa, sobresalen los matrimonios con inmigrantes, hijos de extranjeros u oriundos de otras zonas caribeñas. No son todos matrimonios entre una misma clase, ni cerrados del todo al mestizaje. Muchos de los protagonistas practican típicas profesiones de la clase media, como la medicina. O son hijos de gamonales de pueblos cercanos. O de industriales. Hay algunos abogados. Pero escasean los comerciantes, la clásica actividad de la burguesía barranquillera. Ni hay políticos ni gobernantes. La supuesta sociedad hidalga se convierte muy pronto en burguesa, una burguesía que queda, en el fondo, sumergida

en una «ciudad de mestizos», llena de «arribistas», una ciudad capaz de absorber a «inmigrantes, buhoneros y prófugos de Cayena», y hasta los «marimberos... que... se dispararían tiros en las calles», en fin, en una sociedad donde «nada se perpetuaba», un «mundo sin memoria ni pasado».

No existe una historia moderna completa de las élites barranquilleras, de su formación y desarrollo.³² El historiador del nuevo milenio que quiera acercarse al pasado de la ciudad encontrará en la novela de Marvel Moreno un esfuerzo por retratar círculos de esa «sociedad» y sus contradicciones en épocas de cambios acelerados, donde los valores tradicionales se confunden con la decadencia o se ven enfrentados al desplazamiento por la irrupción de nuevas fuerzas. Cualquier intento, sin embargo, de identificar exclusivamente la «sociedad» barranquillera con la «sociedad» de Marvel Moreno sería, por supuesto, inadecuado. Se trata aquí de un cuadro apenas fragmentado que, aunque abre puertas hacia un universo más amplio y complejo, se limita a ratos a bosquejar un mundo muy particular.

Por lo demás, las constantes evocaciones a una sociedad colonial y soñolienta remiten a un espíritu ajeno a ese republicanismo que, por lo general, ha caracterizado a una ciudad cuya formación y desarrollo tiene escasísimos vínculos con el pasado colonial —como lo reflejan su tardío significado urbano, su temprano apego por el comercio y el *ethos* capitalista, su arquitectura, esa misma memoria efímera que resalta Marvel Moreno, y hasta la composición de sus élites. Es cierto que a esta «sociedad» se incorporaron algunas familias de viejas ciudades coloniales —Cartagena, Mompós o Santa Marta—, de donde trajeron sus baúles y recuerdos. Pero, a mediados del siglo veinte, es difícil identificar la existencia de esas viejas familias que se retratan en la novela, ancladas en un supuesto pasado colonial, «creyéndose parientes de Alfonso XIII», y rodeadas de óleos que las remontaban a la corte española. Y si existían, no creo que fuesen representativas de una élite que históricamente supo acomodar e integrar a tantos inmigrantes, nacionales y extranjeros, quienes muy pronto perdían su condición de extraños.

Hay, es cierto, algo de mítico en la idea de la «Barranquilla cosmopolita», tal como lo ha sugerido Jacques Gilard.³³ En la ciudad nunca se establecieron masas de inmigrantes, como en Buenos Aires. No obstante, llegaron en números relativa-

mente significativos como para ejercer una notable influencia en su conducta social. Cualquiera asomo a la historia de las élites barranquilleras no tardaría en descubrir la presencia evidente de estos extranjeros.³⁴ Sobre todo durante el siglo diecinueve. Los judíos sefarditas provenientes de Curazao tuvieron aquí un lugar prominente.³⁵ Sus nombres se encontraban no sólo entre los comerciantes líderes de un puerto en expansión, sino también entre las autoridades de la ciudad a mediados de siglo, entre los fundadores de los primeros bancos, las primeras industrias y los primeros clubes sociales. Al lado de sus nombres sobresalían así mismo los de familias venezolanas, holandesas, alemanas, francesas, italianas, españolas de origen más reciente —en ocasiones cubano. Y también, evidentemente, los de muchos nacionales, incluidos los de «viejas» familias barranquilleras.³⁶ No surgió de aquí una sociedad fragmentada en *ghetos* étnicos. En el establecimiento de empresas comerciales y en los matrimonios pueden identificarse las más claras expresiones de su integración en la ciudad. No parece, pues, exagerado referirse a una «burguesía cosmopolita» en Barranquilla, relativamente similar a la que Charles Jones estudió en otros puertos de la época, como Buenos Aires.³⁷

Este proceso continuó durante el siglo veinte, aunque bajo otras condiciones e influencias. La presencia norteamericana, por ejemplo, se hizo más visible. Y comenzaron a predominar nuevas corrientes migratorias, sobre todo las del Medio Oriente, los sirio-libaneses que, si bien fueron objeto de alguna resistencia, lograron en poco tiempo integrarse con muy buen éxito en la sociedad. Es cierto que después de la segunda década proliferaron clubes sociales con nombres de otras naciones —el Alemán, el Francés e Italiano, el Hebreo, la Unión Española. Pero dudo que su objetivo fuese el de «impedirle a sus hijos relacionarse con la gente de Barranquilla.» Sospecho que en casi todos esos clubes había más socios nacionales que extranjeros —por lo menos tal es mi recuerdo de mis visitas a los clubes Alemán y Francés e Italiano. Ellos fueron más bien otra expresión de una clase media en expansión, en la que tal vez algunos inmigrantes extranjeros tomaban la iniciativa, como lo había hecho Karl C. Parrish al promover la fundación del Country Club.

La formación de las élites durante el siglo diecinueve se había caracterizado por su extraordinario dinamismo y por grados importantes de movi-

lidad. Y por su relativa apertura. Se destacan, así, su falta de tradiciones notables: «nada duraba allí, nada se perpetuaba.» Si algo comenzó a caracterizar a esa sociedad fue su rápida disponibilidad a aceptar lo novedoso, con la que parecía perpetuar su condición de ser una «sociedad de aluvión». El reconocimiento de estas características cambiantes no debe negar, sin embargo, la existencia de continuidades, menos visibles pero no por ello desvanecidas del todo. Ellas han recibido muy poca atención. Los relatos de Marvel Moreno invitan a reflexionar sobre la persistencia de lo que podríamos llamar una Barranquilla profunda, en la que logran sobrevivir unas tradiciones a pesar de las olas de cambio, una Barranquilla que absorbe y que no deja absorberse por los inmigrantes, pero nuevamente expuesta al embate transformador del progreso a mediados del siglo veinte y quizá, esta vez, con menos fuerzas de resistencia. Marvel Moreno nos descubre aquí un rico horizonte para explorar históricamente. Aunque creo que la realidad descubriría una «sociedad tradicional» con intereses mucho más diversificados, con círculos decadentes mas también con elementos renovadores, una sociedad más compleja cuya vida no gira sólo alrededor de un club social.

La ciudad de Barranquilla, sus élites y su entorno son, por supuesto, el contexto de ese universo femenino que Marvel Moreno explora de manera más sistemática.³⁸ Contra ese mundo se vuelcan particularmente los ojos críticos de quien describe con desdén y rechazo a ese «círculo de muchachas destinadas a presentarse juntas algún día en sociedad», que se reúnen en las vacaciones «a jugar canasta» y a «bordar toda suerte de trapos inútiles para los pobres», cuyas conversaciones se reducen «a repetir chismes» y «a pasarse disparatadas versiones del acto sexual.»

Como la sociedad que lo rodea, es un mundo también en transformación. Que lucha contra las ataduras de la educación religiosa, en una ciudad que siempre se ha tenido por pagana. Un mundo que, por encima de todo, lucha por liberarse de una sociedad dominada por hombres como Benito Suárez, «previsible marido despótico, agresor de ancianos, asesino de perras, hacedor de malos versos... hombre calculador que organizaba su violencia con perfidias de cortesano florentino.» En un viraje curioso, la lucha de este mundo femenino contra la violencia masculina parecería representar la confrontación entre esa sociedad barranquillera tradicional, envuelta en ensueños, y los elementos externos que la corrompen. Los

personajes que agreden al mundo femenino son casi todos de afuera. O recién llegados. Álvaro Espinoza es un «niño mimado de la burguesía cartagenera». Los Freisen son unos «franceses medio locos». Benito Suárez es el hijo de una italiana que un buen día se encontró casada con un hijo de un gamonal de Sabanalarga. El barranquillero más «genuino» de la novela parece ser el padre de Lina Insignares, un «abogado para quien la Ley es una expresión de respeto», «hombre pacífico que jamás había sentido en sus manos el peso de un arma», a quien se le podía siempre ver «remontar la calle San Blas en su blanco vestido de lino... sonriéndole a mendigos, emboladores y vendedores de chucherías.» Es una interesante paradoja. Que revela tal vez las pasiones contrarias de Marvel Moreno. La novela que desde algunos ángulos se muestra como un furioso ataque contra las tradiciones de la ciudad, es desde otros la defensa de una sociedad en vías de destrucción.

«My old friend, stop and think:/ you'll get used to it little by little. / Your nostalgia has created / a non-existent country, with laws / alien to earth and man.» Así le hablaban los versos de Seferis al exiliado que, a su regreso después de muchos años, buscaba vanamente su añorado jardín, su vieja casa y sus amigos.³⁹ Lina no volvió, ni creyó que volvería nunca, aunque en su narración nos estaría diciendo a ratos que nunca se fue. Otros hemos regresado. Y como el exiliado de Seferis hemos recorrido la ciudad en busca de la ciudad que ya no existe, esa ciudad siempre recreada en el exilio, tal vez con más espacio para la alegría y el amor que en la Barranquilla de Marvel Moreno, pero no por ello menos inexistente.



Foto de Claudia Cuello (El Herald)

NOTAS

¹ W. Lacqueur, «Literature and the historian», *Journal of Contemporary History*, n° 2(1), 1967, p. 14.

² A. Knight, *Latin America. What price the past? An inaugural lecture delivered before the University of Oxford on 18 November 1993*, Oxford, 1994, p. 32. Para una discusión de las nuevas corrientes historiográficas, véase N. F. Partner, «Historicity in an age of reality-fictions», en F. Ankersmit y H.

Kellner, *A new philosophy of history*, Londres, 1995.

³ M. Moreno, *En diciembre llegaban las brisas*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987. A menos que se exprese lo contrario, todas las citas que siguen se refieren a esta obra.

⁴ R. Illán Bacca ha recordado episodios de una fiesta en el patio Andaluz del Hotel del Prado en 1959, presentes en el cuento «La noche feliz de Madame Yvonne» en M. Moreno, *Algo tan feo en la vida de una señora bien*, Bogotá, Ed. Pluma, 1980. Véase R. Illán Bacca, «Cuando se llamaba Marvel Luz», *Caravelle*, 66, 1996, p. 128. Para una nota biográfica, véase F. Rodríguez Amaya y J. Gilard, «Breve biografía», en M. Moreno, *Qualcosa di brutto nella vita di una signora perbene*, Milano, Jaca Book-Università di Bergamo, 1997, p. 274-282.

⁵ Véanse en particular Posada Carbó, *Una invitación a la historia de Barranquilla*, Bogotá, 1987, y *The Colombian Caribbean: A Regional History*, Oxford, 1996.

⁶ Para la historia portuaria de la ciudad, véase T. Nichols, *Tres puertos de Colombia*, Bogotá, 1973.

⁷ El profesor Alberto Assa era insistente en su nostalgia «por la nomenclatura real que va desapareciendo ante la invasión de números y más números.» C. de Campo Alegre (Alberto Assa), *Los rincones de Casandra*, Barranquilla, 1994, vol. 1, p. 407 y vol. 2, p. 107.

⁸ Todas estas calles escaparon a la atención de M. A. Ángel, quien en su lectura de la novela sólo logró identificar «una calle, la calle 72»; véase su «Barranquilla, en las líneas apretadas de *En diciembre llegaban las brisas*», *Huellas*, n° 43, Barranquilla, Universidad del Norte, abril de 1995, p. 10.

⁹ Para las actividades de los hermanos Parrish y la Compañía Urbanizadora El Prado, véase E. Posada Carbó, «Karl C. Parrish, un empresario colombiano de los años veinte», *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, XXIII, 8, 1986, p. 3-20.

¹⁰ Para una lectura de la novela que encuentra un énfasis casi exclusivo en los espacios privados, véase M. A. Ángel en «Barranquilla, en las líneas apretadas de *En diciembre llegaban las brisas*», op. cit., p. 10.

¹¹ J. Olaciregui, «Que viva Marvel Luz», en *Caravelle*, n° 66, Toulouse 1996, p. 139.

¹² La importancia del carnaval como experiencia social significativa fue resaltada durante el coloquio por Consuelo Posada, Ramón I. Bacca y Teresa de Cepeda. Otra reina del carnaval, Gladys Rosanía, estimuló el siguiente texto de Gabriel García Márquez en 1952: «...Barranquilla podía conocerse con solo conocer a Gladys Rosanía... Está empeñada en una campaña cívica... Ha vuelto a los micrófonos, a las calles... con el mismo sentido... que ha presidido sus festividades públicas, sus bazares y sus actos sociales. Todo esto, en una mujer que disfruta en silencio el placer de una buena lectura; que asiste a las exposiciones; que va a los conciertos y a los estadios. Un temperamento que, quienes conocemos a Barranquilla, tenemos razones para decir que es el... temperamento de mujer que más se parece a la ciudad», G. García Márquez, *Obra periodística. Textos costeños*, (ed. a cargo de J. Gilard, Barcelo-

na), 1981, vol. 1, p. 778-779.

¹³ Sobre este mito, véase J. Gilard, «La prensa al servicio de una mitología urbana: el caso de Barranquilla», Toulouse, 1993, mimeo. Sobre los orígenes de Barranquilla, véanse: N. Madrid Malo, *Barranquilla, el alba de una ciudad*, Bogotá, 1986, y J. A. Blanco Barros, *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*, Bogotá, 1987.

¹⁴ Aparecen «turcos», sin embargo, en su cuento «El hombre de las gardenias», en *El Encuentro y otros relatos*, Bogotá, El Áncora Ed., 1992. Sobre la inmigración sirio-libanesa, véanse: L. Fawcett de Posada, «Libaneses, palestinos y sirios en Colombia», *Documentos*, n° 9, Barranquilla, Universidad del Norte, 1991, y su versión en inglés publicada en A. Hourani y Nadim Shehadi, ed., *The Lebanese in the world: A century of Emigration*, Londres, 1992.

¹⁵ E. Bobadilla (Fray Candil), *A fuego lento*, fue publicada originalmente en Barcelona en 1903. La gobernación del Atlántico la reeditó en Barranquilla en 1994.

¹⁶ *Viaje de O Drasil. De Bogotá a Barranquilla en tren, mula y a bordo del vapor Francisco Montoya, y estaba en esa ciudad por ocho meses - 1893*, Barranquilla, 2ª edición, 1994, p. 70-71.

¹⁷ P. Barba Jacob, *El corazón iluminado*, Medellín, s.f., p. 41.

¹⁸ En la década de 1940, cuando publicaba en *El Tiempo* dominical sus memorias, Julio H. Palacio seguía aún activo. Una primera selección de estas crónicas apareció en Bogotá en 1942, bajo el título *Historia de mi vida*. Ésta ha sido complementada ahora por dos nuevos volúmenes, uno editado por la Universidad del Norte, *La Historia de mi vida. Crónicas inéditas* (Barranquilla, 1992); y otro editado por el Senado de la República, *Historia de mi vida* (Bogotá, s.f.). Diego de la Peña (qepd) me contó que por muchos años había intentado infructuosamente que Colcultura se interesase por reimprimir estas valiosas memorias.

¹⁹ Sobre Vinyes véanse J. Gilard, «Voces (1917-1920): Un proyecto para Colombia», *Huellas*, n° 31, abril de 1991, p. 13-22; y R. Illán Bacca, «Presencia de Voces en la narrativa del Atlántico», *Huellas*, n° 36, diciembre de 1992, p. 36-49.

²⁰ Véanse los ensayos de R. Illán Bacca, «El mundo de Cosme» y «El mundo de Cosme, II», en *Huellas*, n°s 30 y 31, diciembre de 1990 y abril de 1991, p. 21-29 y 29-38, respectivamente.

²¹ J. Núñez Madachi, «Dimensión espacial y temporal originaria en la vida de Julio Enrique Blanco», *Huellas*, n° 28, abril de 1990, p. 5-18.

²² J. Gilard, «El grupo de Barranquilla», *Revista Iberoamericana*, n°s 128-129, julio-diciembre de 1984, p. 905-935.

²³ Muchas de estas actividades, sobre todo las musicales que organizaba el Centro Artístico, pueden seguirse a través de la columna de A. Cepeda Samudio en *El Heraldo*, «La brújula de la cultura», en A. Cepeda Samudio, *En el margen de la ruta* (ed. a cargo de J. Gilard.), Bogotá, 1985, p. 367-460. Sobre el florecimiento cultural de estos años y sus posibles vínculos con la economía de la ciudad, véase el interesante artículo de J. Villalón, «Barranquilla en el tiempo de la prosperidad de milagro, 1947-1957», *Huellas*, n° 40, abril de 1994, p. 14-30.

²⁴ P. Morales Pradilla, «Barranquilla llega a las letras», *El Tiempo*, 28 de noviembre de 1954, citado en Gilard, *El grupo de Barranquilla*, p. 906.

²⁵ *El Espectador*, 15 agosto de 1954, en A. Cepeda Samudio,

Todos estábamos a la espera, Bogotá, 1993, p. 11.

²⁶ *Los rincones de Casandra*, vol. 2, p. 477. El buen éxito de esta organización se debía al esfuerzo individual del profesor Alberto Assa, quien lograba —a pesar de muchas frustraciones— conseguir aportes de las embajadas extranjeras y de algunos empresarios para sus iniciativas.

²⁷ No todas, es cierto, similarmente comprometidas con la educación ni la cultura. Pero las labores de la Universidad del Norte —sobre todo a través de su revista *Huellas* y de su emisora radial desde la década de 1980— merecen destacarse.

²⁸ Este periódico lamentablemente desapareció en 1992. Hay que advertir, no obstante, que «en toda la década de los sesenta, Barranquilla no tuvo un suplemento literario» —como lo ha notado R. Illán Bacca, para quien la ciudad por lo tanto sufría de «orfandad literaria» en esa década. El *Suplemento del Caribe* apareció en 1973. Véase de Bacca sus *Crónicas casi históricas*, Barranquilla, 1990, p. 64.

²⁹ *Los rincones de Casandra*, vol. 1, p. 29.

³⁰ «¿Dónde estaban el viernes por la noche los “intelectuales” de Barranquilla?», preguntaba el profesor Assa tras percatarse de su ausencia en el concierto del pianista francés Bernard Flavigny en Bellas Artes. «¿Dónde los centenares de “doctores”, abogados, médicos, ingenieros? ¿Dónde los directivos, profesores y estudiantes de ambas universidades? ¿Dónde los profesores y alumnos de Bellas Artes? ¿Dónde los periodistas, los escritores y los poetas de bolsillo?... Nada más triste oír tanto de cultura, a quienes más a menudo la desertan.» Hubo, sin embargo, «bastante gente» en el concierto. *Los rincones de Casandra*, vol. 1, p. 41.

³¹ *Ibidem*, p. 396.

³² Hay, sin embargo, algunos interesantes acercamientos. Véanse, por ejemplo, S. Solano y J. Conde, *Élite empresarial y desarrollo industrial, 1875-1930*, Barranquilla, 1993, y J. Restrepo y M. Rodríguez, «Los empresarios extranjeros de Barranquilla, 1800-1900», *Desarrollo y Sociedad*, mayo de 1982. El texto de F. Baena y J.R. Vergara, *Barranquilla, homenaje del Banco Dugand*, Barranquilla, 1922, es de consulta obligada. También hay muchos datos útiles en M. Goenaga, *Lecturas locales. Crónicas de mi vieja Barranquilla*, Barranquilla, 1953. Un retrato de la élite económica de la ciudad en la tercera década de este siglo se encuentra en *Directorio comercial pro-Barranquilla*, Barranquilla, (ed. a cargo de E. Rasch Isla), 1928. Los excepcionales *Recuerdos de Barranquilla* de Jacinto Sarasúa son también muy útiles, Barranquilla, 1988.

³³ J. Gilard, «La prensa al servicio de una mitología urbana», op. cit.

³⁴ J. Restrepo y M. Rodríguez «Los empresarios extranjeros», op. cit.

³⁵ Véase E. Posada Carbó y L. Fawcett, «Jews and Arabs in the development of the Colombian Caribbean», *Immigration and Minorities*, forthcoming, 1997.

³⁶ Véase, por ejemplo, la lista de los mayores contribuyentes del impuesto a la renta en Barranquilla en la década de 1870: *Gaceta de Bolívar*, Cartagena, 9 de abril de 1871.

³⁷ C. Jones, *International business in the nineteenth-century. The rise and fall of a cosmopolitan bourgeoisie*, Brighton, 1987.

³⁸ Este es el objeto de otras ponencias de este coloquio.

³⁹ G. Seferis, *Collected poems* (trad. E. Keeley y P. Sherrard), London, 1982, p. 221-225. ■